

El congreso de la revolución tecnológica*

Ángel Bassols Batalla•

Para quienes nos hemos vinculado a las labores de la Unión Geográfica Internacional (UGI) —como es el caso del autor de éstas líneas a partir de los años cincuenta— escribir sobre los resultados de sus congresos internacionales resulta mucho más que una obligada recapitulación de lo realizado cada cuatrienio. Dar cuenta de nuestras experiencias es en primer lugar una obligación, pues concurrimos a dichos eventos no meramente en calidad de especialistas en tal o cual rama del conocimiento, sino como enviados de la institución donde prestamos servicios y además acudimos a ellos representando al país. En otros momentos nuestro voto en la Asamblea General de la UGI fue depositado a nombre de México y tuvimos entonces ocasión de defender puntos de vista que provocaron controversia o sostuvimos ahí candidaturas, casi siempre derrotadas por la aplanadora del mundo desarrollado, como sucedió en Nueva Delhi y en Montreal. Eso no importó gran cosa, pues de todos modos conseguimos en una ocasión que se otorgara a nuestro país la sede de la Conferencia Regional Latinoamericana, celebrada en 1966. Por otro lado, los congresos de la UGI —como

* El XXVII Congreso Geográfico Internacional se realizó en la ciudad de Washington, del 9 al 14 de agosto de 1992.

• Investigador titular del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

los de cualquier otra organización de su tipo, a nivel mundial— ofrecen una excelente oportunidad para constatar los cambios registrados a través del tiempo, tanto en metodología de investigación como en los campos aplicados. Las ciencias geográficas son barómetros donde se captan avances y retrocesos, tanto de índole general como en cada país; también se reflejan en ellos las tendencias de carácter político, los rumbos que va tomando la humanidad. Ascensos y descensos de ideas o de pensadores, auge y depresión de las economías, triunfos y derrotas de los pueblos. Siempre hay novedades que discutir, acontecimientos que comentar y gentes que conocer. Pero lo más importante en todo caso no es encontrarse fugazmente con uno u otro maestro de fama sino escuchar lo que públicamente exponen, para así poderlos encuadrar en el debido casillero de las luchas ideológicas.

Los congresos internacionales adolecen de los males que aquejan a las colectividades en el planeta y por tanto en ellos aparecen nítidas las desigualdades en el desarrollo, los desequilibrios regionales e incluso las dificultades a que se enfrentan multitud de investigadores jóvenes del Tercer Mundo, cuyos magros ingresos les impiden asistir a esos eventos, tan útiles para la formación profesional. Porque en el marco de los congresos se tiene además la oportunidad de tomar parte en recorridos y realizar visitas a instituciones especializadas, lo cual permite entender mejor los avances registrados, o en su caso los obstáculos a los que se enfrenta la Geografía como especialidad. Dicho en pocas palabras, las reuniones internacionales de este calibre también pasan por agudas crisis, al igual que las propias estructuras socioeconómicas. Incluso si los países desarrollados expresamente no lo desearan, su dominio en el seno de la UGI es cada vez mayor, pues numerosas naciones de los continentes en subdesarrollo no están en capacidad siquiera de pagar sus cuotas a la organización, no pueden enviar delegados y en ocasiones las propias actividades geográficas se encuentran estancadas, a falta de recursos suficientes. Siempre aparecen excepciones (como en nuestro caso los de la República Popular China o el paradójico ejemplo de la India), pero en general esa situación de penuria se traduce en escasa participación de sus representantes y por lo tanto existe una inequitativa distribución de funciones en el seno mismo de la Unión. Como resultado, los geógrafos de países “ricos” controlan la gran mayoría de las comisiones y el manejo de los propios congresos, dejando verdaderas migajas a los

especialistas de naciones donde por otro lado habita la mayoría del género humano. Y claro está: el que paga y participa, manda. Eso se advierte cuando —como fue nuestro caso en la Comisión de Historia del Pensamiento Geográfico— osamos proponer un debate comparativo sobre las escuelas o ideas prevalecientes en los dos “polos” actuales: no tenemos posibilidad alguna de alcanzar el triunfo.

En resumen, el XXVII Congreso Geográfico Internacional fue un fiel exponente de esas circunstancias mundiales antes señaladas y además tuvo especial relevancia por celebrarse en Washington, capital del país que desde el punto de vista económico y militar es hoy el más poderoso de la tierra. Ofrecía entonces la oportunidad de constatar los avances de la Geografía en Estados Unidos y para asomarnos a diversos aspectos de la realidad en ciudades de ese subcontinente estadounidense. Pero esa es otra historia que aquí no cabe narrar.

Los temas a debate

La membresía de la UGI ha venido creciendo a partir del congreso de Río de Janeiro (1956) cuando consistía sólo de 38 países; ahora se acerca a los 60 (aunque algunos de África dejaron en los hechos de pertenecer). Las ponencias presentadas en cada gran reunión internacional oscilan alrededor de mil, pero el peso específico de las macrorregiones ha variado notablemente. Hasta 1988 las ponencias de científicos soviéticos y de naciones entonces bajo régimen de carácter “centralmente planificado” eran muy numerosas e importantes: en 1992 su número disminuyó en forma abrupta. Lo mismo puede decirse de las correspondientes al Tercer Mundo, donde la excepción de India continúa en ascenso. En Washington los trabajos leídos en sesiones técnicas pertenecieron por cerca de un 30% (260 de ellos) a autores de Estados Unidos y Canadá; otros 210 a los de Europa Occidental, 140 al Asia Oriental y más de 80 al subcontinente indio. Por lo contrario, apenas llegaron a 30 ponencias las de especialistas latinoamericanos (un tercio de ellas fueron de mexicanos), 20 de naciones árabes y otro tanto del África Negra (al sur del Sahara), sin incluir a la República Sudafricana cuyos representantes se mostraron activos, al igual que los procedentes de Australia. Los geógrafos rusos aportaron cerca de 30 y su actuación fue más bien discreta; 50 se debieron a la pluma

de profesores que habitan en Europa Centro-Oriental (principalmente polacos y húngaros). Muy notable fue la asistencia de científicos chinos, que leyeron en total alrededor de 100 resúmenes, muchos de ellos producto de importantes investigaciones.

Por supuesto, el número de trabajos no es lo sustancial e importaría más referirnos brevemente a las escuelas de pensamiento y a las tendencias metodológico-aplicadas que revelaron los textos y al papel que jugaron dentro de la organización misma del congreso. Al respecto podrían avanzarse las siguientes consideraciones:

1. Se llevaron a cabo ocho sesiones plenarias amparadas en conjunto bajo el título "Descubriendo nuestro futuro global compartido". Todas las sesiones fueron moderadas por estadounidenses y aunque se incluyó en ellas a seis participantes del Tercer Mundo, en la tónica de las intervenciones predominó la corriente ideológica de los países desarrollados: futuro global sí, pero poco compartido con los que menos tienen. De cualquier manera, se dejó oír ahí la voz de alarma respecto al creciente deterioro del medio ambiente, a los efectos de la crisis económica y la deuda en los empobrecidos continentes del subdesarrollo, así como la necesidad de revitalizar la educación geográfica, que puede "jugar un papel vital en la labor de conocimiento del medio a escala global y de nuestro mundo en proceso de rápido cambio".
2. Fueron también ocho los simposios sobre "Las Américas en proceso de cambio" y en varios de ellos se suscitaban polémicas, especialmente alrededor de temas como "El impacto (*sic*) de Colón sobre las Américas" y "Vivir juntos como vecinos: América Latina, el Caribe y Estados Unidos". Sobre el primer tema hubo intervenciones en defensa de los indígenas de todo el continente sometidos a vejaciones sin cuento por parte de los conquistadores europeos y la maquinaria colonial que establecieron en nuestras tierras. Alegamos también otra cosa: la angustiada situación del "indio" americano se prolonga hasta hoy y a fines del siglo XX requiere de un profundo y rápido cambio, que por fin le permita verse libre de los graves obstáculos que lo mantienen como "ciudadano de segunda clase" en las sociedades latinoamericanas.
3. El congreso sirvió igualmente para llevar a cabo siete sesiones patrocinadas por diversos organismos oficiales y privados esta-

dounidenses, de reconocidos nexos con las investigaciones geográficas. Entre esas instituciones se cuentan la National Aeronautics and Space Administration (NASA), las Secretarías (Departments) de energía y agricultura, la Agencia para la Protección Ambiental y otras que presentaron amplios informes sobre sus actividades. Uno de los más interesantes fue el de la Administración para el Desarrollo Económico y como introducción al cual se alegan verdades no por conocidas menos importantes: "Las economías nacionales en todo el globo terrestre se encuentran hoy en medio de una revolución tecnológica de nuevos productos y procesos productivos. Esta revolución se caracteriza por productos especializados, fruto de sistemas industriales flexibles que utilizan computadoras y la robótica. Los países que introducen los nuevos modos de producción en forma más efectiva aseguran a menudo sustanciales y duraderas ventajas sobre sus competidores comerciales (. . .) De esta manera, la tecnología se ha convertido en un importante factor en el mundo actual, particularmente con respecto al desarrollo económico".

El tema de la tecnología se repitió como asunto principal una y otra vez a lo largo del congreso y se instaló paralelamente una exhibición de aparatos y servicios para los llamados Sistemas de Información Geográfica (GIS). Más de 100 compañías ofrecían sus productos y servicios, que incluían desde el uso de radar en satélites para descubrir nuevos recursos naturales, hasta mapas con imágenes integradas y análisis de espectros múltiples, pasando por la fotogrametría analítica y fotografía para control inmediato del tránsito de vehículos. El uso de estos aparatos está revolucionando totalmente la tecnología, llevando a nuevas alturas a las ciencias geográficas e impulsando la preparación de especialistas. Podría concluirse afirmando en forma simplista que los países del Tercer Mundo deben de inmediato entrar a la nueva fase de la revolución tecnológica, so pena —si no lo hacen— de caer de lleno en este otro tipo de dependencia. Pero la desgracia reside en que la producción de esos aparatos está en manos de enormes consorcios de los países industrializados; su precio resulta tremendamente alto y su uso requiere preparación especial. El desequilibrio económico entre los países avanzados y los que yacen hundidos bajo el fardo del atraso y la miseria es tan grande que ante esta situación

nos podría invadir un angustioso sentimiento de desesperación e impotencia. ¿Qué pueden hacer al respecto los países africanos y muchos de Asia y América Latina donde el problema básico para la mayoría de sus habitantes consiste todavía en satisfacer al menos sus necesidades de alimentación, vivienda, educación y empleo? Los gobiernos y centros de investigación, sumidos como están en crisis financiera permanente, apenas pueden avanzar en esta materia gracias a donativos del extranjero o realizando esfuerzos excepcionales. La historia de estos 500 y más años de desigualdad los ha colocado lisa y llanamente con la espalda contra la pared. La salida digna no consiste en rendirse ante la adversidad, sino en aprovechar cualquier circunstancia que se ofrezca, pues operamos en situación de emergencia y bajo la amenaza de que no hacerse fuertes tecnológicamente hablando significa perder paulatinamente incluso la soberanía y entregarse de lleno en manos de los poderosos, llámense éstos compañías transnacionales, bancos o falanges invasoras. El desafío por el uso y conservación de los recursos naturales es uno de los retos decisivos a los que se enfrenta el mundo a finales del siglo XX. En vez de sentarnos a lloriquear por la infausta suerte que nos tocó en el injusto reparto de la riqueza producida a través de cinco siglos, pongámonos manos a la obra y afrontemos con decisión el combate. Una de las armas que nos darán a la postre el triunfo es la utilización científica de los nuevos sistemas geográficos de información.

Siempre hemos afirmado que el subdesarrollo general es la principal causa del rezago tecnológico, pero ello no debe confundirse con una justificación de las políticas erróneas que muy a menudo se siguen en materia de investigación científica. Entre los países de nivel medio como México, mucho ha perjudicado el desigual avance de las ciencias, fruto de la ignorancia que muchos dirigentes han tenido sobre los verdaderos fines, pedagógicos o de conocimiento y de carácter aplicado, de diversas especialidades. Ahora bien, por lo que respecta a la Geografía ¿ni siquiera los graves acontecimientos que a diario ocurren afectando fronteras y la vida de vastas colectividades pueden hacerlos cambiar de criterio? Peor sería para nuestros pueblos, porque como ya lo prueban los ejemplos de China y la India en sus respectivas esferas, México podría convertirse también en motor del desarrollo tecnológico, por lo menos para ayudar inicialmente a otras naciones de América Latina

y el Caribe; más tarde podría hacerlo ofreciendo sus productos en África y el Pacífico Sur.

La principal lección que nos deja el XXVII Congreso Geográfico Internacional es habernos mostrado una vez más el creciente impacto de la tecnología geográfica y la necesidad de dominarla, si se quiere ocupar un lugar digno en la historia que viene.